

MUJERES ESPAÑOLAS DE LA CONQUISTA EN DON JOAN DE CASTELLANOS (I)

Escribe: MARIO GERMAN ROMERO

— IX —

La participación de la mujer española en la conquista de América es un tema que apenas comienza a ser tratado con la profundidad que merece. A principios del siglo don Cesáreo Fernández Duro publicó una breve disertación sobre "La mujer española en Indias". (Madrid, 1902). Doña Mercedes Gaibrois de Ballesteros escribió para *Voces de Hispanidad* (Madrid, 1940) un artículo con el título "Presencia de la mujer en la conquista de América"; Ana María Ortega Martínez se ocupó de las "Mujeres españolas en la conquista de México" y María M. G. de Sabat Peret de la "Presencia de la mujer española en la conquista chilena". (*Revista Nacional*, Montevideo, diciembre, 1950). En nuestros días ha aparecido un libro ameno y documentado de Nancy O'Sullivan Beare, *Las mujeres de los Conquistadores* (Madrid, Compañía Bibliográfica Española, s. f.), en que se estudian por regiones o provincias.

"No por galantería, sino por justicia, dice el Padre Bayle, se debe un recuerdo, siquiera sea de pasada, a la parte que en estas desdichas y estos heroísmos corresponde a la mujer española, a la que no el ansia de riquezas ni los sueños de gloria, antes el amor conyugal arrastraba por medio de las penalidades que van descritas, mucho más duras a su debilidad, su delicadeza, su cariño. Qué espantoso debió ser para ellas contemplar la muerte tan desamparada de sus maridos y encontrarse solas, sin arrimo, en medio de las selvas, entre hombres a quienes su propia desesperación ponía en trance casi obligado de olvidar la tan ponderada cortesanía española!

"Valentías se vieron en algunas como en el soldado más valiente; pero ahora tratamos de ese valor de aguante, de constancia, mucho más difícil y heroico; y en esta materia, para quien haya leído las páginas que preceden, parecerá increíble que el cúmulo de desdichas y trabajos y hambres y caminatas y enfermedades y fieras y luchas con bárbaros, cuya sola catadura causaría desmayos, no obstante sus pujos masculinistas, a las damiselas de hoy, cayese sobre los hombros débiles y flacos de corazones de mujeres. Y las hubo en casi todas las expediciones, y no debieron ser escaso su poder ni cortos sus esfuerzos en alentar a los caídos,

curar a los dolientes, sostener a los desesperados, impedir brotes del despecho, endulzar el último trance de los que sucumbían" (1).

Castellanos no fue esquivo a los encantos femeninos. Pagó tributo a la debilidad humana y a un temperamento ardiente y sensual. Ya en las postrimerías de su existencia, dominadas las pasiones por la disciplina sacerdotal, recuerda con entusiasmo a aquellas *deas*, *ninfas* y *beldades* cuyos nombres evoca con particular complacencia. En ocasiones no puede reprimir ciertos excesos de franqueza realista que "degenera en chocarrería trivial y soldadesca, más propia de un mariscador de la playa de Huelva que de un clérigo anciano y constituido en dignidad", como dice Menéndez y Pelayo. Cuando rememora las hermosas mujeres que conoció en la isla Margarita dice con cierta suficiencia: *y allí tengo también quien bien me quiera*. (I, 662).

En las *Elégias* se alaban las virtudes de mujeres casadas que ayudaban con solicitud a sus maridos aun en bélicas empresas o fueron motivo de públicos disturbios. Las dotes de bellísimas doncellas de las cuales unas vinieron en busca de tomar estado, a otras las guió el espíritu de aventura o la ambición de comerciar con sus encantos allí donde los tesoros eran grandes y la libertad mayor.

Refiriéndose a Cartagena dice Castellanos que

*También a vueltas de los mercaderes
Llegaron en aquellas coyunturas
Los molestos melindres de mujeres
En seguimiento de sus aventuras;
Unas dellas con sueltos pareceres,
Y otras con maritales ligaduras,
Cuyas fantásticas ostentaciones
Se confirmaban con postizos dones.* (III, 57).

Aquí se vieron ejemplos de abnegación y de lealtad llevados hasta el sacrificio de la propia vida; víctimas inocentes de verdugos implacables o de la naturaleza hostil; en ocasiones celosas y altaneras, que no dudan en usar de toda clase de embrujos para cautivar a sus amantes. Por lo general, buenas y devotas, fieles hasta la muerte, sin que falte el caso de la viuda que busca refugio a su soledad en la estrechez del claustro. De todas las hay en Castellanos, pero eso sí siempre bellas, grandes en sus virtudes o en sus vicios.

La mujer vino a poner una nota exquisita de nobleza y señorío en la dura lucha de la conquista. Llegaba con las expediciones y al parecer todo cambiaba. La rudeza del soldado se tornaba en galantería de buena ley, el tosco paisaje mundábase como por encanto. En su honor se organizaban torneos como en la misma metrópoli, el comercio se abastecía de ricas telas y adornos femeninos, bailes y saraos, diversión y alegría por todas partes. De pronto una tragedia de celos ponía una nota roja en el paisaje. Traían la suavidad de sus caricias, el consuelo en los tiempos difíciles, la insustituible ayuda en el hogar, el estímulo para la acción y el progreso.

(1) *El Dorado Fantasma*, Madrid, Consejo de la Hispanidad, 1943, p. 81 s.

Con la presencia de las mujeres que llevó Las Casas a *Cumaná* en el fracasado proyecto de conquista pacífica, todo cambió.

*Hay fiestas, regocijos, hay torneos,
Con muchos cortesanos ejercicios:
Hay damas, hay galanes, hay paseos,
Engrandécense más los edificios;
En isla tan estéril e inamena
Nunca jamás se vio mesa tan llena. (I, 583).*

En la isla *Margarita* sucedió otro tanto. Con la riqueza de las perlas se incrementó la agricultura, se llevaron plantas de España y se gozaba de una abundante caza. El dinero corría a raudales, la gente vivía sin temores y algunos consumían las ganancias

*Con juegos y con damas que servían:
Frecuentábanse bien estas estancias
Donde hermosas damas residían,
.....
Todos son regocijos, bailes, fiestas,
Costosos y riquísimos arreos:
Cuantas cosas desean están prestas
Para satisfacer sus deseos,
Los amenos lugares frecuentando
E unos a los otros festejando.*

La vida se desliza plácidamente en el Val de San Joan a la sombra de una ceiba deleitosa,

*En torno de la cual los verdes prados
De naturales y traspuestas flores
Estaban todos tiempos estampados
De pinturas diversas en colores;
Y a vista grande copia de ganados
Que rodeaban rústicos pastores,
Y debajo de ramas tan amenas
Asientos puestos y las mesas llenas.*

Nada faltaba en este paraíso de América, exquisitas comidas servidas por mozas diligentes

*Instruidas de mano castellana,
Lascivos ojos, levantadas frentes,
De condición benévola y humana.
.....
Hay cantos de suaves ruiñeñores;
Con cuyo son las damas y galanes
Encienden más sus pechos en amores:
Allí mirar, allí la dulce seña
Que el ardiente deseo les enseña.*

Cantos de voces concertadas, música que entenece los corazones, por-
que había artistas de ingenio como Bartolomé Fernández de Virués, Jor-
ge de Herrera, Fernán Mateos, Diego de Miranda *que las musas tenían*
de sus bandas. (I, 595 s.).

Ya hemos oído a Castellanos saludando la presencia de las mujeres
en *Cartagena*. Con la gracia que le es peculiar, describe el tono que se
daban: se jactan de pertenecer a nobles linajes, visten ricas sedas y lle-
van los nombres pomposos de doña Berenguela y doña Sancha. Las tres
octavas que dedica a describir sus afeites y vestidos merecen recordarse:

*Salen a luz vestidos recamados,
Con admirables fresos guarnecidos;
Reclumbran costosísimos tocados
Que de rayos del sol eran heridos;
Otras sacan cabellos encrespados
Y en redecillas de oro recogidos;
Y así con vestiduras excelentes
Llevan tras sí los ojos de las gentes.*

*No dejan los plateros a la balda,
Pues los ocupan en labralles oro;
Engástase la perla y esmeralda,
Y otras piedras anejas a tesoro;
Tiene cada cual paje de falda,
Por más autoridad y más decoro;
Adórnanse los dedos con anillos;
Penden las arracadas y sarcillos.*

*Del galán a la dama corre paje
Con blanda locución y bien compuesta;
Oyese por las partes el mensaje;
Vuelve no menos grata la respuesta;
La dulce seña sirve de lenguaje
Do la palabra no se manifiesta;
Estaba todo lleno finalmente
De todos tractos y de toda gente.* (III, 57).

El inmenso mundo femenino ocupa parte considerable en el relato de
Castellanos. Aquí es oportuno notar una diferencia sustancial con Ercilla.
El autor de *La Araucana* comienza el canto primero con estas palabras:

*No las damas, amor, no gentilezas
de caballeros, canto enamorados,
ni las muestras, regalos y ternezas
de amorosos afectos y cuidados.*

En todo el poema una vez se exalta el valor de doña Mencía de Nidos,
dama noble y valerosa, que encontrándose en cama enferma cuando lle-
garon los españoles a la ciudad de Concepción hechos pedazos, se retiraron
a Santiago y ella, espada en mano, los detuvo en la fuga. (Parte I, Can-

to VII). En sueños ve una vez a doña María Bazán (Parte II, Canto XVIII) con quien contrajo matrimonio el poeta en 1570.

Ercilla que se había propuesto cantar el valor indomable de los araucanos, exalta las virtudes de Guacolda, Tegualda, Glaura, Lauca y Fresia, mujeres indias muy amantes y fieles a sus esposos vivos o difuntos; de espíritu estoico, valientes y feroces como Fresia la mujer de Caupolicán. A su tiempo veremos también como Castellanos hace el elogio del valor y belleza de las indias.

Es casi seguro que las primeras mujeres españolas llegaron a América en el segundo viaje de Colón. Las disposiciones reales eran explícitas en esta materia. En la *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias* encontramos una serie de disposiciones sobre el paso de las mujeres al Nuevo Mundo: se prohíbe a las solteras pasar a las Indias sin licencia del rey; las casadas deben venir con sus maridos, las que son llamadas por ellos deben contar con la licencia de la Casa de Contratación y si vienen los maridos por ellas con la del rey; los casados en España pueden llevar sus mujeres, si muere el uno o la otra en el viaje, puede pasar a las Indias el sobreviviente con sus hijos y familia. Los ministros de guerra, hacienda y justicia deben traer a sus mujeres; los mercaderes casados pueden permanecer solos en América por espacio de tres años sin prórroga y si vuelven por sus mujeres no vuelvan sin ellas.

Vamos a comenzar por aquellas que estaban atadas con *maritales ligaduras*, por las mujeres de hogar que corrieron con sus maridos la aventura de la Conquista, que conocieron peligros, incomodidades y vida muchas veces durísima a lo largo de muchos años en silenciosa labor doméstica. Junto al conquistador fundaron y mantuvieron hogares, educaron a a los hijos. Unas vinieron con sus maridos. Cuenta el cronista que don Diego Colón desembarcó en la Española en 1509 con

...su cabal mujer doña María
De la gran casa de Alba descendiente. (I, 212).

El mariscal Jorge Robledo contrajo matrimonio en España con doña María de Carvajal y Mendoza, hija de don Juan de Carvajal y doña Leonor de Mendoza, del ilustre marquesado de Jódar, nacida en Ubeda en 1517 (1).

Vino por mariscal George Robledo,
Casado con mujer de tal decencia
.....
Que la podríamos loar sin miedo:
Esta señora fue doña María
Que de Carvajal nombre tenía. (III, 235).

Venero de Leiva vino con su mujer doña María de Ondegardo cifra de las más altas virtudes.

(1) Emilio Robledo, *Vida del Mariscal Jorge Robledo*, p. 133.

*virtud, bondad, honor, gracia y aviso,
con otros atributos singulares
en generosidad de descendencia
demás de cristianísimas costumbres. (IV, 514).*

El licenciado Ferráez de Porres vino al Nuevo Reino como juez y estaba casado con una *maravilla nueva,*

*es su nombre doña Ana de la Cueva,
morada de phebeos resplandores
y admiración del alma que se ceba
en la contemplación de sus primores,
aviso, gracia, bella compostura,
aire, donaire, sal y hermosura. (IV, 523 s.).*

Rojo de Carrascal, hombre letrado y justo juez,

*trajo también ilustre compañera,
de gracias y virtudes tesorera.
El apellido es doña María
de Aldana, de quien el mayor talento
con excelsos loores no podría
llegar do llega su merecimiento. (IV, 524).*

Otras vienen solteras y contraen aquí matrimonio o son hijas de los conquistadores que vieron en América la luz primera.

Entre los primeros pobladores de La Española se cuenta a Gonzalo de Velosa el primero en establecer ingenios de azúcar en la isla que le proporcionaron pingües riquezas. Sus nietas viven en el Nuevo Reino:

*Doña Luisa, otra Castianira,
A quien Homero pinta soberana,
La segunda se dice doña Elvira,
Y la menor de todas doña Ana
Virtud, bondad, honor, aquí se mira,
Belleza, discreción, vida cristiana,
Casadas con ilustres caballeros,
Y cada cual con muchos herederos. (I, 217).*

Tomaron por maridos a Avendaño, Gregorio Suárez y al noble lusitano Antón de Castro.

Mateo Sánchez Rey, de la expedición de Sedeño dejó en el Nuevo Reino.

*...a su doña Casilda, que en aviso
y hermosura tiene cuanto quiso. (I, 491).*

Capítulo aparte merecen para Castellanos las nobles damas que conoció en la isla **Margarita.**

*Allí también señoras principales,
En vida marital y más segura,
Asidas con los ñudos conjugales.*

CATALINA DE ROJAS,

*Tal fue que la más bella se desdora
Ante sus graciosísima presencia;*

ANA DE ROJAS, digo cuya cara
Podía convencer la de Diana;

FRANCISCA GUTIERREZ DE HARO,

*Cuyas gracias, facecias, cuyas sales
No hallan semejantes ni aun iguales.*

ISABEL DE REINA,

*A la cual Dios en juventud florida
Sacó de los peligros desta vida.*

MARIA DE LERMA, cuya gracia

*Esmero parecía de natura,
Si no fuera cubierto de falacia
El rostro de la humana hermosura.*

JOANA DE RIBAS,

*Cabal en todos dones de natura
Y no menos cabal en la ventura. (I, 597 s.).*

Don Lope de Orozco, gobernador de Santa Marta, trajo trescientos soldados de los cuales ciento eran casados. No menciona Castellanos el nombre de su mujer, al parecer era viudo. Con él vinieron sus hijos y parientes a quienes casó, entre ellos

*...a su hermosa hija Mariana,
Ejemplo grande de virtud cristiana. (II, 632 s.).*

En la lucha contra los indios anatos, guanebucanes y cocinas de aquella provincia que pusieron en fuga a los españoles,

*Vido huir también a cierta dama,
En los trémulos brazos una niña;
Yerónima de Manjarrés se llama
Esta mujer que quiso Dios libralla
Del impío furor desta batalla. (II, 637). .*

En Cartagena y en un asalto de los piratas, perdió la vida Rodrigo López, casado con doña María de Aguilar,

*La cual, con el valor que convenía,
Escedió con bondad su hermosura
Después y antes desta desventura.*

Otro tanto sucedió a Nuño de Castro, a quien el hecho de haber recibido una negativa del gobernador a lo que él creía que debía hacerse, le ocasionó la muerte. Todos lo lloraron, pero en especial su mujer doña Francisca de Padilla, quien

*Mostró tan entrañable sentimiento
Que movía las piedras a mancilla. (III, 271).*

En la catástrofe de la flota de Carreño, muchos perdieron la vida, entre ellos el licenciado Alonso Pardo, hermano del factor real don Rodrigo,

*El cual en este Nuevo Reino habita
Con eminencias de principal hombre,
Y su preciosa doña Margarita
Cuyas obras escenden a su nombre. (III, 296).*

Pero Fernández fue nombrado entonces por la Real Audiencia gobernador de Santa Marta en reemplazo de su hermano muerto,

*Y allí con matrimonio lo consuela
Su muy loada doña Micaela. (III, 297).*

En Tunja vivían en tiempos de Castellanos las hijas de Sanabria, soldado de Benalcázar. La mayor de ellas doña Catalina, casada con Martín de Rojas,

*Que de purpúrea flor y clavellina
Posee lo mejor y más subido,*

y Luisa, casada con don Diego de Vargas, que

*Tiene sobre lo bueno lo más bueno:
Cordura que las más cuerdas avisa. (III, 322)..*

Flórez de Ocariz recuerda a las primeras mujeres españolas que subieron al Nuevo Reino:

- 1) *Elvira Gutiérrez*, mujer de Juan de Montalvo,
- 2) *Isabel Romero*, mujer de Juan Lorenzo, la cual dio a luz en el río de la Magdalena a
- 3) *María de Céspedes*, que fue mujer de Lope Rioja,
- 4) *Catalina de Quintanilla*, mujer de Francisco Gómez de Feria, y
- 5) *Leonor Gómez*, mujer de Alfonso Díaz, encomendero de la Serrezuela (1). Castellanos llama a la primera *Eloísa Gutiérrez*:

*Y la primera que sacó harina
y dio primero pan perfeccionado,
es Eloísa Gutiérrez, noble dueña,
mujer del capitán Juan de Montalvo. (IV, 355 s.).*

(1) *Genealogías del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Prensas de la Biblioteca Nacional, 1943. Tomo I, p. 183.

De *Isabel Romero* encontramos dos referencias en Castellanos. En la primera nos dice que estaba casada con Francisco Lorenzo, de los primeros soldados de Bastidas. (II, 409). En la *Historia del Nuevo Reino de Granada* cuenta cómo en los bergantines trajeron la planta de mujeres españolas, que fueron las primeras que llegaron al Nuevo Reino.

*Una fue destas Isabel Romero,
a matrimonial yugo sujeta
con Francisco Lorenzo, primitivo
vecino del ancon de Santa Marta;
después con Juan de Céspedes casada,
en quien hubo dos hijos hoy presentes,
Antonio de Céspedes y Lope.*

*Vino doña María, hija suya
mujer que fue de Lope de Rioja,
primero relator en la Audiencia;
de los cuales se va multiplicando
noble propagación y numerosa.* (IV, 348).

El Padre Simón dice que dio a luz Isabel Romero, que venía con su marido Francisco Lorenzo, una hija que se llama María (II Parte, p. 369). En realidad esta niña nació en 1540, tres años después de ahogado Lorenzo. Flórez de Ocáriz acierta al llamarla María de Céspedes. Recordemos de paso que la Romero regaló a los franciscanos en Santafé un terreno donde estuvo luego el convento de San Agustín. (Groot, *Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada*, I, p. 112).

De doña Catalina de Quintanilla dice Ocáriz en otra parte que fue casada con Andrés Vásquez de Molina, encomendero de Chocontá. (1). La autora del libro ya mencionado *Las mujeres de los conquistadores* dice que la Quintanilla "fue robada —un caso más en el martirologio de la mujer española en Indias por los indios de Tamalameque" y agrega una más a las nombradas: *María Díaz* que "tuvo la paciencia y el aguante de vivir ciento diez años".

Entre los compañeros de Jiménez de Quesada venía Diego Rincón, casado con doña Luisa de Porras,

*...nobilísima señora,
por singular virtud esclarecida.* (IV, 350).

Otro de la compañía fue el capitán Francisco Melgarejo, casado después con doña Isabela de Leguizamo de grandísima belleza; pero Niño quien tomó por compañera a la virtuosísima doncella doña Ana de Velasco y luego a doña Elvira de Zambrano, hija del capitán Bartolomé Camacho. (Ibid.). Y ya que hablamos del capitán, casó en segundas nupcias con doña Isabel Pérez, de quien tuvo *treas dcas* de quien después hablaremos.

(1) Op. cit., p. 166.

Doña Francisca de Caravajales, descendiente de ilustres caballeros, estuvo casada con Diego García Pacheco, primer conquistador de Santa Marta. (IV, 352).

El cronista asistió en Cartagena al matrimonio de doña Inés de Heredia con el capitán Luis de Villanueva, compañero del capitán Juan Maldonado casado después con doña María, la hija de Ortún de Velasco. (IV, 365).

Entre los enviados por Fernán Pérez a conferenciar con Jerónimo Lebrón estaba Antonio de Olalla, cuya hija doña Jerónima de Urrego estaba casada con don Francisco Maldonado. (IV, 400). Para la misma comisión fue destinado

*Baltasar Maldonado, cuyas hijas
dan hoy a la república do moro
Lustre y autoridad y ejemplo santo:
Doña Ana Maldonado, rica prenda
del capitán Francisco de Avendaño;
y la de más edad, doña María,
vaso de discreción y hermosura,
con sacramento conyugal ligada
con Gabriel de Limpías, thesorero. (IV, 404).*

Con don Alonso Luis de Lugo, Adelantado de Canaria, vino una lujosa comitiva. Uno de ellos, Francisco Manrique de Velandia vivía en Tunja con su mujer doña María Herrezuelo, dotada de prendas excelentes. El primogénito de este matrimonio que llevaba el mismo nombre del padre, casó con doña Blanca de Vargas, doña María con Juan de Sandoval y doña Inés con Juan Carvajal. Catalina espera de su gran merescer correspondencia. (IV, 414).

Recuerda el cronista a una mujer que ejercía la gobernación de la isla Margarita a la llegada de Aguirre: doña Aldonza Manrique

*De mucho más honor merecedora
Y para gobernar más alta cosa. (I, 653).*

Y no podían faltar en su relato las aguerridas mujeres. En la lucha contra los chimilas Juan Pérez aconsejó

*.....que se vistiesen
En hábitos de hombres las mujeres,
.....
Las cuales bien armadas, como vían
En trajes usurpados sus personas,
Tal furor les tomó, que presumían
De ser otras segundas Amazonas,
Y en la postura con que se movían
Todas eran Minervas o Belonas,
Y el riesgo de los riesgos más acedo
Ahuyentaba femenino miedo. (II, 663).*

Recordemos de paso a doña Leonor de la Fuente, esposa de Paredes Calderón, que con licencia de su marido

a las mundanas pompas dio de mano

e ingresó al convento de Santa Clara en Tunja. (IV, 453 s.).

Ejemplo de lealtad nos dejó Ana de Rojas, muerta a manos de Aguirre por no delatar al alférez mayor Villena, *huésped para mal desta señora*. I, 659).

Estas son algunas de las principales mujeres españolas *con sacramento conyugal ligadas* que dejan en las *Elegías* el suave perfume de su virtud y hermosura. Al lado de sus maridos fundaron hogares ejemplares o pagaron con la vida el duro tributo que les exigió la conquista.

Una pavorosa tragedia desencadenada por los celos cubrió de sangre y de desolación a Valledupar. Allí vivían el lusitano Antonio de Pereira y su mujer Ana de la Peña. A su servicio los indios Francisca y Gregorio su marido. Ana vivía recelosa de la india *porque fue hermosa*

*Y por ventura, sin haber pecado,
El ama desta india sospechosa,
Con azotes hirió sus miembros bellos
Y trasquilóle todos los cabellos.*

La bella Francisca resolvió vengarse; de acuerdo con Gregorio se dirigieron a los indios tupes sus parientes. La india sedujo a Coro Ponaímo el cacique, haciéndose pasar por hermana del que en realidad era su esposo. Incitó al cacique a rebelarse contra los extranjeros y le aseguró que vivían muy tranquilos y confiados por lo cual podían fácilmente sorprenderlos. Coro Ponaímo hizo general de sus huestes al ladino e invitó a los suyos a atacar a los cristianos. Divididos en cuatro grupos se dispusieron al ataque. Los españoles tenían confianza en los naturales que hasta el momento se mostraron pacíficos.

Gregorio llamó a la puerta de Pereira a altas horas de la noche, cuando éste salió le asestó el indio un golpe violento en la cara, pero re- puesto de la sorpresa, tomó una lanza el lusitano y se defendió con valor. Ana con la espada de su marido

*Saltó como novilla zahareña,
.....
Da tajos y reveses de tal suerte
Que se libraron ambos de la muerte.*

Lograron salir y buscaron refugio en el convento que ya estaba en conmoción porque la ciudad ardía en llamas, el templo había sido profanado y los indios se empeñaban en prender fuego al monasterio. Los frailes se defendieron con valor. Uno de ellos, fray Pedro de Palencia, decía con ironía:

*Ovejas del obispo de Chiapa,
Ningún gusto me dan vuestros balidos,
Pues que por fuerza nos quitáis la capa
Sin darnos un vellón para vestidos;
Renuncio para siempre la desquila.*

Comienza la matanza. Casa no queda donde falte llanto, dolor, temor, horror, mortal espanto. Allí murieron a golpes de macana la bella doña Guiomar de Urrea y su hermana doña Beatriz, Ana de Aníbal, Isabel de Briones, Baría Becerra, la varonil Elvira Franca, Ana Ruiz y Ana Fernández. Les quebrantan las frentes, les cortan las orejas y las desnudan. Catalina Rodríguez desposada aquel día encuentra la muerte en el lecho a donde la dejó desamparada

*El más que temeroso desposado,
El cual salió después de salir ellos
Chamuscadas las barbas y cabellos.*

Pasaron de cincuenta los muertos. Tomaron cautiva a la hija de Jerónimo Romero quien murió con su esposa y cuatro hijos. El incendio y la matanza hubieran continuado si el manco zamorano Antonio de Flores no ensilla su caballo y poniéndole cascabeles al pretal se dirige en carrera a donde la muchedumbre de los indios era más grande. Logra dispersarlos, pero el mal está hecho y las pérdidas han sido considerables.

Al regreso pudo ver el espectáculo más lastimero:

*Unas desnudas, otras mal vestidas,
Y todas de su sangre rubricadas;
De los terribles golpes y heridas
Las íntimas entrañas traspasadas;
Cabezas en pedazos repartidas,
Orejas y narices cercenadas;
Otras con fuego de sus propios nidos
Sus cuerpos en carbones convertidos.*

Hizo Flores montar a caballo a los más valientes en el momento mismo en que los indios se disponían a un nuevo ataque. Lope de Orozco organizó la venganza. Nombró caudillos y soldados, los armó con guerreros instrumentos y dio la batalla en que murió Curanaimo. El cacique Coro Panaimo fue hecho prisionero con otros indios principales, se les hizo en las uñas proceso y fueron ejecutados.

Los tupes no podían perdonar a Gregorio y a Francisca que habían sido los causantes de estos males. Habían huido a los araucos quienes dieron aviso a Orozco de su paradero. Pedro Morales los puso presos, se instruyó un proceso que culminó con la muerte de los culpados. Castigados los itotos, Orozco ordenó rodear de muros la ciudad para su defensa. Así terminó lo que comenzó por ser una sospecha que cubrió de llanto y desolación a Valledupar. (IV, 638-654).